

PÁGINAS INFANTILES

Pendolino y la bella rosa

Hubo en cierto país un rey muy poderoso y á la vez muy desgraciado. Desgraciado que murió su esposa, hacía diez años, tenla encerrado en unas habitaciones reservadas de palacio al príncipe su hijo y no permitía que nadie lo viese. Con este motivo corrían los más extraños rumores; se decía que el príncipe era un monstruo con cabeza de serpiente y cola de pescado, á quien había que ocultar para no dar miedo á las gentes.

Pero esto no era verdad; era un hermoso mancero, blanco, rubio y de ojos azules, cuya desgracia consistía en que no podía estarse quieto pues movía continuamente la cabeza y el cuerpo como la péndola de un reloj, y cuando el rey se agarraba á él para contenerlo, se veía obligado á seguirlo en sus movimientos. Por lo demás, el pobre príncipe soportaba su desgracia y su cautiverio con resignación.

Había celebrado el rey muchas consultas con médicos y magos. Los primeros no entendían la enfermedad; los segundos saltan del paso diciendo que era un encanto incurable. Hubo dos atrevidos que prometieron curarlo en tres meses por medio de hierbas mágicas; pero no hicieron otra cosa que darse muy buena vida en palacio durante aquel tiempo; luego se marcharon para buscar nuevos ingredientes y no volvieron más. El príncipe siguió moviéndose de derecha á izquierda, y sólo le faltaba hacer tic-tac para ser una péndola de reloj. Por eso el rey lo llamaba Pendolino.

Ahora bien: había en el jardín de palacio un rosal único en el mundo, que sólo daba una rosa al año, pero maravillosa de color y de perfume. La reina, al morir, había tenido una especie de visión y dijo á su esposo:

—No des esa rosa sino á quien venga á pedirla por caridad.

Pero en diez años nadie había ido á solicitarla, y cada año la bellísima rosa crecía y se marchitaba sobre la planta.

Una mañana, cuando el rey se preparaba á salir en su carroza, se presentó una viejecita encorvada y harapenta, que con tono plañidero pidió por caridad la rosa del jardín.

Recordando el rey el encargo de su difunta esposa, fué en persona al jardín, arrancó la soberbia flor y se la dió á la anciana.

—Vuestra caridad será premiada, gran señor—dijo ésta tomado la rosa,—y se alejó inmediatamente.

Al siguiente día, el rey se la encontró en la habitación del príncipe y le preguntó cómo había entrado allí.

—Por el ojo de la llave—dijo ella riendo.

Pensó el rey que aquello era una burla y pensó en castigar á la vieja; pero notó que ésta ponía un dedo en el estómago del príncipe y que, según la presión, Pendolino se movía con más rapidez ó se estaba quieto.

—Ya seas una bruja ó una hada, si curas al príncipe, te daré todo el oro que pesa.

—Yo os puedo dar mucho más que eso, majestad.

—Entonces tú figurás la recompensa. Pero dime al menos cuál es la enfermedad del príncipe.

—Es un hechizo que sólo puede curar el hombre de la flecha maravillosa, sin igual en el mundo. Hacedlo llamar por edictos.

Y desapareció por el agujero de la cerradura.

El rey dispuso en seguida una cabalgata con una banda de trompetas y pregoneiros de poderosa voz, que citaban para el real palacio al hombre de la flecha maravillosa, sin igual en el mundo.

De allí á un mes se presentaron diez caballeros, cada uno de los cuales decía ser el poseedor de la flecha encantada. La prueba debía consistir en disparar un flechazo precisamente sobre el punto que el hada había tocado con el dedo, pues allí residía la enfermedad. El que acertara, ganaría un tesoro; el que se equivocara, perdería la cabeza.

Como el monarca no quería exponer á su hijo á los golpes de aquellos diez caballeros, entre los cuales nueve por lo menos, debían ser unos pícaros, hizo construir como prueba un maniquí, el cual representaba exactamente á Pendolino atado á un poste, y repitió en alta voz las condiciones del concurso.

El primer caballero, al oír que el que se equivocara sería decapitado, echó á correr antes de disparar.

El segundo se colocó en arrogante postura y tendió el arco, pero de pronto lo bajó, volvió la espalda y huyó como alma que lleva el diablo. Los otros siete habían ido retrocediendo y desaparecieron de igual modo.

